

El ocaso de un milagro

Yuván de J. Z. V.



Capítulo 1

Era el año 2035... Los seres humanos depositaban su esperanza en la tecnología, y la religión católica comenzaba a perder feligreses de forma precipitada que, su necesidad, ya era cuestionada. Había escasez de fe. Hacía una década que el Vaticano no se interesaba en la promoción de nuevos beatos y santos, cuando los existentes no hacían su tarea. Los diablos mortales estaban en apogeo... La existencia de Dios, ya no era una controversia interesante. Hacía falta un milagro.

Iraíla lo supo por cuenta propia. Lo reflexionó por cada vez que la ansiedad y la duda lucían bosquejadas en su rostro juvenil, como una tortura de dos filos en el valeroso corazón de un moribundo. Una sensación de muerte que experimentaba a cambio de un milagro ansiado y justo para el necesitado. Era el precio que debía pagar.

El espejo de la vida no miente. No había duda que se estaba muriendo por dentro. Un epitafio en vida que adoptó como parte de sus oraciones silenciosas, y que pronunció para sí, cada vez que entonaba una canción de ópera y la música escapaba de su cabeza para que la pudieran escuchar hasta los sordos. Cosa poseída, sobrenatural o milagrosa que ocurría, siempre que fuera la situación y el momento oportuno aprobado por alguien... ¿Quién? Basta con saber que no era de este mundo. Cómo podría serlo si la inteligencia humana tiene sus limitaciones.

La náusea la acosaba después del suceso. Parecía ácido en su garganta. Cada vez debió ayudarse con los dedos que sintieron el quemón del líquido baboso.

Un concierto de un solo tema era más que suficiente para cambiar una vida. Y la felicidad ajena, era su trofeo.

«¿Por qué yo?».

Debió preguntarse dentro y fuera de sus cabales desde el mismo día en que se enteró.

«Debo estar loca».

Se dijo una y otra vez por cada evento milagroso, hasta cuando comprendió por accidente que era el remedio para muchos males. No era precisamente la vida que había soñado. Lo que desconocía era la magnitud de su efecto. Ya habría tiempo suficiente para reflexionarlo.

Alix fue la primera en experimentar esa mágica sensación así no hubiera bastado para salvarla. Igual que el «don» de su hermana, ya estaba

escrito su destino.

Jan Willevark, el padre de Iraíla, era holandés de la provincia de Groninga. Su madre: Gisele Naagerann, nació en la provincia de Tarragona de España. Fue un suceso inesperado cuando llegó un mes y medio antes del tiempo previsto del parto, que sorprendió a sus padres en un país ajeno en época de vacaciones. Un raro antojo de su madre.

Después del nacimiento regresaron a la provincia de Limburgo en Holanda, donde vivían. Por cosas del destino, Gisele y Jan, se conocieron en Madrid. Fue en un concierto en el campus de Somosaguas, ubicado en el municipio de Pozuelo de Alarcón. Giselle estudiaba licenciatura en Psicología en la universidad Complutense de Madrid. Una pretensión que creció desde la adolescencia, motivada por la idea de conocer su tierra natal, aquella que la intimó desnuda y la vio partir envuelta en pañales.

Se había transformado en una mujer medianamente alta, rubia, de figura atlética y belleza estilizada al natural, de piel lechosa, pelo largo y rizado que no consentía con esmero en un salón de belleza. Tenía por ojos, dos delicadas gemas ornamentales de color azul profundo incrustadas en su rostro, que la hacían ver sensual y espléndida. De allí brotó el chispazo para enamorarlo. Fue por la época en que Jan Willevark, afiebrado por la música, andaba de gira por algunas provincias de España. Probaba suerte con una banda poco fenomenal que, por las críticas y el alborozo de la juventud en un país extraño, pronto perdieron el impulso musical.

Jan tocaba el bajo, y fue precisamente como terminó la vida del instrumento: cubierto con una lona oscura y guardado en un baúl del sótano de la casa. Con el repentino fracaso polifónico, decidió quedarse en España para terminar de enamorarla, y cuando esto sucedió, retornaron a su país. Fue después de que diera a Luz, luego de graduarse.

A la par con el final de la carrera universitaria, Gisele había emprendido la carrera de ser madre. Iraíla nació en el municipio Pozuelo de Alarcón de la provincia de Madrid. Era madrileña y pozuelera. Como curiosidad, el nacimiento sucedió al contrario que el de su madre; cuando tenía un mes y medio de nacida, retornaron a Holanda. Vivieron en la ciudad de Rotterdam en el barrio Alexanderpolder. Se casaron, cuando su hija Iraíla estaba cerca de los tres años de edad. Su infantil belleza, era una milésima parte de lo que sería.

Ya para ese entonces, Gisele conocía bastante de su esposo. Era un hombre entretenido, generoso y fiel, pero también sofocante. Lo del matrimonio fue su idea con la esperanza de que mejorara su carácter. Accedió en complacerla para luego no tener que lamentarse de otra decisión de su esposa. Gisele desconocía que el matrimonio por la iglesia,

no era un laboratorio de resolución de conflictos con tratamiento incluido.

La personalidad de Jan ya había sido moldeada. Era prepotente y terco. Lucía la pasión del facilismo en sus acciones. Nada que perturbara su espíritu terrenal. Nada que lo distrajera de sus programas favoritos de la televisión. Nada que lo sonsacara de las trivialidades de la vida. Nada que ver con lo que no había que ver.

Con el transcurrir del tiempo Gisele añoraba la época en la que lo conoció. Un suceso casual y místico difícil de repetirse. Era además escéptico por convencimiento paternal y creyente rara vez por conveniencia. Se pasaba la vida en un ambiente de incertidumbre y contradicciones. Sin embargo, el amor por su hija Iraíla, desde siempre, fue forjado de una naturaleza firme. Estaba lejos de imaginar que se convertiría en una aflicción para su orgullo. La más enorme pesadumbre que pudiera existir. Tan grande, que no cabría en su cabeza.

Capítulo 2

Todo comenzó con Alix. Su hermana menor.

Nació tres años después de ella. Se presume que el encargo fue en la luna de miel después del matrimonio. Llegó con síndrome de Down. Fue diagnosticado de inmediato por los rasgos físicos peculiares. Cuando todo indicaba que la vida familiar y en especial la conyugal, iniciaba una fase traumática, todo transcurrió dentro de lo normal de la situación sin complicaciones adicionales. Las terapias de estimulación precoz, el cuadro clínico, las enfermedades asociativas y el amor, era un paquete integral de emociones que no debían faltar en su desarrollo.

Gisele contó con toda la ayuda de su hija mayor para la crianza. Así se convirtió en una especie de madre de cuatro años de edad. Y mientras, Jan pasaba la mayor parte del día en el trabajo. Lo traumatizó la idea de tener una hija que demandaba apoyo en todos los sentidos, y algo mejoró de su carácter.

Iraíla le compartía a su hermana Alix casi todo: la ropa, el cepillo de cabello, las hebillas, la mascota, la sonrisa y el canto.

Alix siempre disfrutó que su hermana cantara.

—Hay ángeles por toda la casa —decía, y correteaba con sus manos extendidas hacia delante para ir a tocarlos.

—Canta, Iraí —así solía decirle—. Ellos quieren escucharte.

Iraíla reía y no paraba de hacerlo. Aquello se convirtió en un juego que el pediatra relacionó con su capacidad cognitiva.

La afición por el canto le llegó por las ingeniosidades de su hermana, que fortaleció cada día al anochecer cuando la acompañaba a la cama. Pero el «don» venía desde el nacimiento. Por años habría de practicarle cada tarde algunos minutos para complacer a la señora Lionora. Era su juvenil dama de compañía. Y ella, una mujer magra de casi nueve décadas de vida, seis sutiles enfermedades y una soledad aterradora. La razón por la que requería algo de compañía en la tarde, luego que la señora del servicio se ausentara.

Vivía cerca de la casa de Iraíla y conoció a Gisele en uno de los grupos de oración de la iglesia. Debió ausentarse de la práctica espiritual por causa de una sensación desagradable de dolor al caminar, que la hacía cojear, y que el médico diagnosticó como metatarsalgia. No era para menos con su edad. Era la sexta de las enfermedades que padecía. Un día Gisele fue con su hija a visitarla... Y en medio de la conversación, la señora Lionora le

propuso a Iraíla que la acompañara a ratos para remediar la soledad con su alegría; a cambio, la compensaría con algunos pesos. Una oferta acogedora que ella no vaciló en aceptar con una grata sonrisa al imaginar los pesos...

Fue esta relación la que más influyó en su vocación de canto cuando la señora Lionora se deleitaba al escucharla.

—Eres un ángel, Iraíla. Espero que cantes en la iglesia el día de mi funeral
—le dijo alguna vez que la asustó, y por poco se arrepiente de volver.
Algo similar le dijo su pequeña hermana en cierta ocasión:

—Cuando muera y me convierta en ángel, cantarás para que venga a visitarte.

Iraíla no pudo ocultar su tristeza con la ocurrencia, que lloró.

—No llores, Iraí. No vendré a visitarte, lo prometo.

La segunda respuesta fue más impactante, que le fue imposible controlar sus emociones.

Y cuando tenía nueve años de edad, por su insistencia infantil, Iraíla participó en un concurso de canto de la escuela. Participaban todos los grados. Interpretó una canción de ópera porque se lo sugirió su hermana. Ella misma había bajado la pista de la web, después de aprenderse la canción al repetirla una docena de veces. Con la primera estrofa, su voz se estremeció lírica y perfecta entre los violines, y entonces se escuchó la voz de Alix:

—Miren, ahí están. Ahí están. Vuelan por todas partes...

Se levantó dirigiendo sus manos por encima de la cabeza, que llamó la atención de todos. Gisele cubrió su rostro para disimular la vergüenza. Muchos otros niños comenzaron a aplaudir y a girar sus cabezas en todas direcciones. Sacudían sus pequeñas manos para saludar, y sus voces volaban como polvo mágico de Peter Pan.

—Ahí van...

—Sí. Puedo verlos, mamá.

—Son hermosos.

—Parecen de verdad.

—Son de verdad.

—Vuelen... vuelen pajaritos de Dios —gritó Alix.

—Quiero aprender a volar como ellos —dijo el último.

Y dicho esto, el niño se levantó de la gradería y se abalanzó al aire. Su delicado cuerpo se golpeó contra el piso de cemento. Los gritos adultos volaron como buitres y se devoraron las inocentes voces. La madre del pequeño señaló con sus gritos a la responsable.

—Sus malditos ángeles lo empujaron —vociferó.

La voz de Iraíla se arrancó de la música con el accidente. Igual que los ángeles.

Y lo que sería divertido se transformó en un espectáculo deshonroso, entristecido y penosamente trágico por el que Jan, no dudó en castigarla con su mal genio. Siempre imponiendo la autoridad sin reflexión. Gisele lo apoyó con sus recriminaciones para justificar su descontento. Alix reaccionó al castigo con un comportamiento agresivo y desafiante propio del síndrome, que Iraíla desarmó sutilmente con un abrazo.

Debió apartarla de sus padres para calmarla.

—Lo siento. Quería que ganaras.

—Lo sé. También quería ganar para hacerte feliz.

—Lo siento. Me enojaré con los ángeles por lo que pasó.

—No tienes por qué hacerlo. No fue tu culpa, Alix. Y ellos tampoco tienen la culpa. Si te enojas con ellos o los olvidas, me pondré triste, y tú también estarás triste y los ángeles se pondrán tristes. ¿Y sabes qué ocurrirá?

—¿Qué?

—Que Dios también se pondrá triste porque rechazamos sus ángeles. Y... como tú quieres llegar a ser un ángel, no querrás que Dios se ponga triste. ¿O sí?

Alix sonrió comprendiendo el mensaje. Era inteligente. Abrazó a su hermana que disfrutó el abrazo como si fuera el de un hijo.

Se marcharon a casa quedando un malestar en el público.

Desde aquel día, sólo Iraíla la despedía en la cama con su canto, y juntas se entretenían con la función de ángeles que una sola podía admirar. Se supo luego que el niño se salvó de una tragedia, pero debió lidiar con un brazo fracturado algunos meses.

Iraíla, nunca más participaría en un concurso de canto excepto en los juegos con su hermana.

Después del incidente, Gisele se lamentó por haberla recriminado confabulada con su esposo. Laboraba en un hospital infantil como psicóloga, y a diario tenía que lidiar con casos difíciles brindando orientación. La acosó un sentimiento de culpa, que más dolía, cuando la sentía apartada de su vida. Siempre se caracterizó por ser una mujer inteligente, de mentalidad abierta y habilidad comunicativa, consagrada a su familia como a su vida profesional. Pero, ante todo, se sentía madre. Su marcada simplicidad era una fuerte influencia en la vida de sus hijas. Alix tenía su limitación cognitiva para entenderlo, pero contaba con el ejemplo de su hermana a quien imitaba.

Los años pasaron con una amistad fortalecida por el amor. Iraíla se convirtió en su tutora visual. Alix la imitaba en todo, o al menos, eso intentaba. La conducta adecuada y el aprendizaje iban de la mano de su hermana mayor.

Procuraba tener el control completo de su hermana menor, pero hubo algo que le fue imposible desde antes... A los ocho años, Alix desarrolló un defecto cardíaco que nació con ella, y que no se corrigió a tiempo. Los problemas respiratorios y los cardíacos se convirtieron en un martirio sin que pudieran robarle la alegría, pero se conjugaron en un solo verbo: morir, cuando tenía doce años de edad. Fue una semana antes de que Iraíla cumpliera los anhelados quince años.

Después de su muerte, la lloró como nunca jamás alguien había llorado a un ser querido. Silenció las oraciones con una canción de ópera. Cantó con tal fervor su ausencia entre lágrimas frescas al pie del féretro, que la lírica le arrebató ese cromosoma de más en el par veintiuno, el responsable del síndrome... para que su organismo espiritual luciera esbelto y puro. Después de eso, no quiso saber de su fiesta de quince años.

Hasta Dios sintió el escarmiento con su enojo.

Con la última nota de su canto, se desmadejó en los brazos de su padre que la seguía de cerca.

Se supo con los días, que todos los presentes al sepelio quedaron transmutados con la canción de ópera entonada, que olvidaron los agobios personales y hasta la fecha de cumpleaños. Ni siquiera sus padres la mencionaron. Iraíla pasó el día entero en soledad absoluta, como si lo

hubiera deseado con la pérdida. Sus quince pétalos de vida quedaron marchitos.

Por semanas, le cantó en su habitación a la hora habitual de llevarla a la cama, anhelando que llegara convertida en ángel. Jamás ocurrió. Le tocó aprender de la tragedia.

Ya era alta para su edad. De belleza incalculable en sus dos aposentos: adentro y afuera. El suave tono de su piel de color blanco alabastro en la plenitud de su fisonomía, simbolizaba el cielo que parecía observar desde sus ojos. El cabello rubio ondulaba sobre sus delicados hombros con visos cenicientos como destellos de pasión; parecía una angelical obra de arte posando en un majestuoso templo juvenil, hecho de carne. El sol de la eterna primavera reinaría en su rostro, hasta que llegara el inacabable invierno de las tribulaciones para contar sus días.

Inició con la muerte de su hermana.

Capítulo 3

Todo continuó con el abuelo.

El abuelo materno de Iraíla, «abue» como solía llamarlo, vivía en un hogar de ancianos llamado: «la villa gerontológica del último sueño». Un sitio campestre dotado de comodidades y centro médico en las afueras de Rotterdam que, por los habitantes y sus edades, parecía el rincón de los siglos olvidados.

No todos tenían la dicha de que sus familias los recordaran. Como era costumbre cada sábado, día de visita, las sillas de ruedas, por docenas, permanecían dispuestas en el inmenso corredor como caballos metálicos con sus jinetes oprimidos entre el chasis, el asiento y el respaldo. Cada quien, a la espera de que un adulto lo reclamara —que paradójico—, y tomando los mangos de empuje de la silla en vez de sus brazos, lo llevara a dar un paseo por la villa sin salir de ella. Era el preescolar de la ancianidad.

Con la vista desgastada igual que las emociones, apenas podían ver quien se acercaba a la distancia; era más fácil distinguirlo con los residuos añosos del olfato o del tacto. Su deprimente vida dolía más cuando muchos de ellos quedaban postrados como historias olvidadas en los corredores; por la tristeza reflejada en sus caras desabridas, no quedaba más que acariciar la discapacidad física y orgánica con pensamientos muertos y culpas retenidas.

Se podían ver las lágrimas arrugadas correr sobre la piel curtida por los años y las penas. Pero eso no volvió a ocurrir desde que Iraíla lo visitó la primera vez. Fue una semana después de que el abuelo decidiera que ese sería su hogar, seguro de que era lo mejor desde la muerte de su esposa. Debieron pasar años para darse cuenta. Cada semana sin falta Iraíla y sus padres lo visitaban, y recorrían las zonas verdes del lugar colmado de árboles ancestrales, que fue la inspiración para crear la villa. Era ella quien impulsaba la silla de ruedas con el motor de sus emociones. Se había vuelto una experta.

Entre sus nuevos amigos, el abuelo se había encargado de crear cierta reputación confortable para sus nietas. Sus historias sobre sus vidas, las repetía una y otra vez, realizando su inteligencia y alegría. Pero con la muerte de Alix, un año atrás, decidió borrar parte de la historia para no atormentarse. Solamente quedó viva la que correspondía a Iraíla, de quien resaltaba, lo que por mucho tiempo consideró un privilegio sólo para sus oídos: el canto. Fue esa la razón natural, por la cual ningún anciano volvió a sentirse huérfano.

Empezó aquel sábado... Iraíla cantó para su abuelo porque se lo había pedido. Estaban a un costado del corredor a la entrada principal. Su voz se esparció como incienso de olor penetrante, que destapó y reparó los oídos de los ancianos roídos de tantas palabras vanas, para que cada uno escuchara lo que el abuelo les contó. Con el canto se escuchaba la música de fondo, como si en la propia voz de Iraíla, vivieran: el piano, el arpa, la tuba, los violines, las violas, las trompetas, los trombones, las flautas, los clarinetes y el saxofón; todos, agazapados en un alivio musical, como si conversara Dios entre susurros sonoros.

Desde ese entonces los jinetes arrugados de camisa, pantalón, boina; vestidos, pavas playeras y elegantes bufandas se despreocuparon de quién los visitara. Con la llegada de Iraíla, hombres y mujeres bien vestidos esperaban impacientes a que ella les dedicara al menos una canción para alegrar el alma, eso sí, después de que compartiera con el Abuelo.

Se supo por los médicos con sus rutinas de control, que durante aquella época que se extendió por dos años y medio, los seniles tenían más ganas de vivir que cualquier joven; las enfermedades propias de la vejez parecían no existir; sus corazones dejaron de penar arritmias, la presión arterial descendió de las nubes, la diabetes decidió vivir en la simpleza, la osteoporosis se olvidó de los huesos, el alzhéimer dejó de atormentar a la memoria, la demencia recuperó el juicio, la sonrisa se olvidó de la prótesis, y la alegría les recordó que seguían siendo seres humanos.

Se les veía plácidos disfrutar de las horas de ocio, que iniciaban al abrir los ojos y se extendía hasta que los cerraban cada noche.

Pero jamás, con la misma certeza de que el abuelo era mayor que su nieta, Iraíla y él conversaron del tema.

Como un infortunio, los médicos se sentían más enfermos que ellos. La buena reputación que fue adquiriendo el lugar se esparció con las alas de la misericordia y se dio a conocer en distintas provincias, gracias a la publicación que un grupo de estudiantes realizó en su práctica social como tema de interés, en uno de los magacines de la ciudad. El suceso también se convirtió en crónica periodística de uno de los diarios y los runrunes se escucharon en algunas universidades... Iraíla aparecía en todas las narraciones de los ancianos, que, emotivos, interpretaron su talento musical como un medicamento natural para sus emociones transfiguradas. Nadie se atrevió a mencionar que fuera la causa milagrosa de los cambios físicos.

Aquellos que todavía amaban a sus padres ancianos, añoraban disfrutarlos el tiempo adicional que más se pudiera. Fue así como la villa floreció de seniles igual que bandadas de gaviotas ansiosas por ocupar la playa, que los extensos campos redujeron sus espacios para construir más

pabellones.

Pero en el mundo prestado todo tiene un límite. El abuelo le jugó a las escondidas a la muerte durante años. Su agraviado corazón ya estaba cansado. Y la parca, casi complacida.

Aquel último sábado en la mañana, la familia llegó para visitarlo. Las miradas tristes y abismales de los jinetes revelaron que algo pasaba. Estaban estacionados a cada lado del corredor con la entrada libre al albergue simulando una calle de honor.

—¡Oh por Dios!

Dijo Gisele apresurando el paso. Jan hizo lo mismo. Pero Iraíla, los aventajó con la prisa de un mal presentimiento. «Dónde estas abue» repetía mientras corría al interior de los pasillos para ubicar su cama. Estuvo a punto de caer por causa de un tropiezo. Cuando la halló, a su lado estaban: una enfermera, una religiosa y el médico de turno. Los ojos lucían apagados. Tenía cánulas incrustadas directamente en su nariz para saborear cada sorbo de oxígeno, y en su rostro ajado, fatalmente ajado, la voz musical de su nieta Iraíla ya no sería el riego milagroso que le devolvería la frescura.

Estaba moribundo. Postrado en la cama. El estertor era el indicador de la muerte que se avecina. Pasó la noche delirando con su amada esposa que falleció diez años atrás, y en sus incoherencias, le prometió enterarla de una gran noticia. Tenía que ver con su fe, luego que pasara la mitad de su vida esquivándola.

En un momento de lucidez, al sentir las manos de su nieta suavizar las arrugas de sus manos y el boceto de un sollozo susurrar en sus oídos deteriorados, abrió los ojos para reconocer a su familia. Gisele se le acercó con la nostalgia del adiós forjado en lágrimas. Le dio un beso en la frente y en retribución, sintió su mano derecha y temblorosa, en un esfuerzo reservado, tocar su rostro para serenarla y darle la bendición.

—Siempre serás mi hija favorita —le dijo con la voz agrietada de un saxofón adulto—. Gisele sonrió con la ocurrencia. Su padre solía decirlo desde que era niña. Era la única hija. Luego de un extremo abrazo pidió quedarse a solas con su nieta.

—Abue... —pronunció con la mirada convertida en garfio clavada sutilmente en la resequeidad de sus ojos. Por la infinita nostalgia parecía que hasta la mirada tenía rugosidades.

—Sé... que tienes algo que decirme, Iraíla.

Ella se asió de su mano derecha que agitaba el último ripio de su vida. Quiso inmovilizarla sin lograrlo, y pronto, sus delicadas manos se mecían en el oleaje de la suya.

—Es un... es un... secreto.... —dijo, creyendo comprender el comentario.

—Si este viejo aún significa algo para tu corazón, puedes revelarlo. Es el canto... ¿Cierto? —susurró entre ronquidos que la asustaron.

—¿Qué?, abue...

—El secreto.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo lo sé... —dijo.

—Es... es como si alguien lo hiciera en mi lugar... Se apoderara de mí. No sé explicarlo, abue. A veces me da miedo.

—Temer no es una vergüenza, hija. Es una bendición. ¿Sabes que lamento?

—¿Qué...?

Su mano derecha continuaba fuera de su órbita, se aferró con más fuerza para retenerla. La izquierda parecía haber perdido la conciencia tendida sobre la cama.

—Que tu abuela no tuvo el placer de escucharte cantar. Sólo sé que tu canto es reconfortante... Todos acá lo han vivido. Les diste la satisfacción de ser de nuevo felices. Y yo... me he sentido mejor cada que te escucho. No se lo había contado a nadie, pero... mi corazón se hace fuerte por tu voz... Suspira como un joven enamorado de veinte años, cada que....

—jadeó de nuevo—. Y el cardiólogo está convencido de que son los medicamentos...

Una sonrisa forzada, casi discapacitada, brotó de su boca.

—Bien sabes lo terco que he sido para creer... y hacerlo a mis ochenta años, cuando la muerte indecisa me visita todos los días sin atreverse... es un privilegio.

El sofoco apareció de nuevo con más fuerza.

—Quiero que le hagas un favor a este viejo...

—Lo que digas, abue...

—¡Canta!... ¡Canta!... para suavizar la agonía, y no dejes de hacerlo, y quiero que lo hagas cada que me recuerdes. Tu madre aún no lo sabe... pero quiero que me canten en la iglesia... Quiero escuchar tu voz cuando camine sin esta vestimenta terrenal, vieja y pudibunda. Quiero que tu abuela te escuche cuando venga a recibirme... Te aseguro, que no seremos los únicos que te escuchemos desde el otro lado de la orilla...

—No te mueras, Abue. Voy a cantar y te salvaré...

—Claro que lo harás... pero esta vez, mi pequeña, la salvación no es quedarme. Ha llegado el día de mi jubilación terrenal. Canta, para que tenga la dicha de conocer al director de la orquesta que milagrosamente te acompaña.

Y dicho aquello, Iraíla entonó su canto lírico con tal agobio, que sonó perfecto para el momento. La agonía del abuelo fue perdiendo la hosquedad, cuando el espíritu se aferró a una tonada perfecta y limpia, como el silbo coeterno de diez Stradivarius genuinos ascendiendo al cielo. Luego, sonó la orquesta y todos la escucharon. Cada quien en su cerebro. La voz de Iraíla se esparció por toda la villa y convirtió las oraciones de los ancianos en un rezo gregoriano.

El abuelo había muerto. La abandonó, cuando apenas entraba a los dieciséis años de edad. Sería la segunda de las desgracias que marcarían su vida. Durante el sepelio, Iraíla no tuvo ánimos para entonar ni la más simple nota musical. Su garganta se había atrofiado con el dolor, el mismo que le transfiguró la expresión natural del rostro, ahora lucía atribulado.

El deseo del abuelo sería una promesa por resolver en una próxima oportunidad.

Capítulo 4

Todo prosiguió con Nifriz.

La naturaleza del destino es inconcebible. Después de clase, Iraíla saldría de la universidad rumbo al paradero donde tomaría el bus para ir a su casa, cuando fue interceptada a la salida.

—No creo que me recuerdes —dijo la extraña que le cerró el paso. Ella la miró con recelo.

—Alguna vez nos cruzamos en la villa gerontológica del último sueño. Tu abuelo y mi abuelo eran muy buenos amigos —aclaró.

—No lo recuerdo, pero me agrada saberlo. ¿Y... cómo está tu abuelo?

—Falleció... Ya hace poco más de cuatro meses.

—Lo siento.

—Está bien. Las dos sabemos lo que se siente.

—Me llamo Marile —extendió su mano.

—Un placer —correspondió Iraíla—. Creo... que ya conoces el mío.

—Si.

Hizo una breve pausa antes de atreverse.

—El abuelo me contó cosas que le dijo tu abuelo relacionadas con el canto. No podía creerlo. A la familia le extrañó que las enfermedades desaparecieran de forma inexplicable. Tuvo cáncer de hígado, diabetes, presión alta... y de pronto, no había nada en su cuerpo. Dijo que se trataba de ti. Que cuando te conoció en la villa... tuvo una fe plena que le inspiró tu abuelo, y que desde el primer canto se sintió sanar. Fue cuando me interesé en investigar. Por eso recuerdo tu nombre —silenció un momento—. Hay algunos comentarios en la web sobre los misterios que se vivían en la villa cuando ibas de visita. También hay comentarios de lo que pasó en un concurso de canto cuando tenías nueve años... Y de un extraño suceso que ocurre todas las tardes, cuando le cantas a una anciana... Creo que se llama... Lionora.

«No puedo creer que Saray lo haya publicado en la web sin mi aprobación —pensó para sí—. Es la única que está enterada».

—Alguien debió estar al tanto para publicarlos —aclaró Marile—. Como infortunio, todas las enfermedades regresaron el último mes. Antes de morir, el abuelo me dijo que le habría gustado partir en medio de un concierto tuyo.

—Que loco —exclamó Iraíla—. Disculpa.

Las dos sonrieron.

—Esto es idea de él. Me pidió que te buscara.

—¿Y... para qué?

—Se trata de mi hermana... Nifriz. Hace un año le diagnosticaron hipertensión pulmonar. La llaman la enfermedad de los labios azules. Ya sabrás porqué. Siempre la relacionaron con el estrés, por lo que el diagnóstico fue algo tarde cuando el pronóstico de vida es de dos a tres años. Está en la fase final de su enfermedad postrada en una cama del hospital, y conectada a un tubo de oxígeno. Tan solo tiene doce años...

—¡Oh, por Dios! Me hace recordar a Alix... —exclamó.

—Es la menor de tres hijas —continuó—, y... eso fue lo que hizo que el abuelo resucitara las enfermedades. Fue cuando se enteró que le quedaba poco tiempo de vida. «No puedo soportar que ella se vaya primero que yo cuando le llevo más de cincuenta años...». Fue lo que dijo.

—Ya falleció el abuelo. Mamá y papá están atormentados, y ya podrás imaginar lo que ocurra con sus emociones cuando llegue el momento... Estoy por creer que la felicidad es imaginaria.

Secó un par de lágrimas que parecían dos gotas de rocío robadas del invierno.

Mientras hablaba, Iraíla la miraba a los ojos y observaba su rostro con detenimiento. Era igual de joven a ella. Se había conmovido con su historia, y presentía que había sido sincera. Silenció por un instante antes de opinar.

Marile era un año mayor que Iraíla. Por la noche agazapada en su cuerpo, se veía lustroso. Era idéntica a su padre en el color de la piel. Siendo su madre de piel blanca, fue en su hermana Nifriz, que armonizó la perfecta combinación de tonos. La enfermedad de su hermana le arrebató la alegría, y al parecer, su cuerpo brillaba de nostalgia. A sus padres les arrebató las ganas de vivir igual que al abuelo. Haber hallado a Iraíla le produjo una sensación de calma y seguridad que no sentía hacía rato.

Faltaba convencerla...

—No sé si pueda ayudarte... Verás... Las cosas... simplemente ocurren. No pude salvar a mi hermana que le cantaba a diario. Tenía síndrome de Down. Y luego, una insuficiencia cardíaca se la llevó...

—No creo que puedas remediarlo todo. Es un atrevimiento imperdonable intentar jugar a ser Dios. Para eso está Él. Pero sí creo que tienes un don especial, y que obra en ciertas situaciones. Podrías intentarlo con mi hermana. ¡Por favor!

—Lo siento. No sé qué decir... ¿Y..., si no pasa nada en lo absoluto?

—Al menos... tendré la satisfacción de que le cumplí al abuelo al prometerle que te encontraría, y que hablaría contigo. Desde hace un par de semanas te vi por casualidad acá en la universidad, pero perdí tu rastro. Desde entonces, he tratado de encontrarte invirtiendo un par de horas todos los días para esperarte acá en la salida. Tenía la corazonada que lo lograría. Y así fue...

Iraíla tragó un sorbo de aire. La historia de la extraña, la conmovió. Acordaron que hablarían antes del sábado. Al llegar a la casa fue directo a su habitación con un aire de reclamo diseminado en el rostro.

—No sé qué ocurre contigo —le dijo al crucifijo en la pared arriba de la cabecera de su cama—. Y no sé qué ocurre conmigo. Creo que me estas poniendo en graves apuros. Desde la muerte del abuelo sólo le canto a la señora Lionora. Eso lo sabes bien.

Se recostó en la cama con los auriculares del celular. Escuchó sus temas favoritos de música clásica. Esperaba que la ayudara a tomar la decisión con la solicitud de Marile.

El viernes en la noche conversaron por teléfono, y al día siguiente, Iraíla se encontraba en el hospital. La visitaría en su primera vez. Fue lo que acordaron. Al llegar a la sala de cuidados intensivos Marile la esperaba a la entrada. Se acercó inquieta, que apenas simulaba el garabato de una sonrisa. Ingresaron... Al ver a Nifriz, una sensación de apego emocional se sintió en su cerebro. Tenía la edad de su hermana al momento de morir. La contempló sin decir una palabra. Tan solo la apreció. Al cabo de unos minutos y un desasosiego interior, se retiraron.

Una mirada de ansiedad fluyó en el rostro de Marile que se cruzó con la mirada atribulada de Iraíla. Llevaba fresca la imagen dolida de Nifriz. Cuando se dirigían hacia el ascensor, se detuvieron al frente de una habitación de la que salía una camilla guiada por un enfermero. Iraíla

reparó el rostro inmóvil y la mirada del paciente. Estaba cristalizada en el último recuerdo de su vida. Antes de alejarse levantó la mirada hacia la puerta. Era la 418.

Reanudaron el recorrido.

—Acostumbro tomar este pasillo. Y sé que lleva tiempo lidiando con su enfermedad —explicó Marile—. En una ocasión sentí curiosidad, y le pregunté a una religiosa que lo acompañaba. Me explicó que llevaba algunos meses en estado vegetativo debido a un accidente de tránsito. Recuerdo que mencionó a su padre y que no concebía la muerte digna. Es algo que duele al pensar en mi hermana.

Iraíla no opinó nada al respecto.

Una semana fue suficiente para meditar sobre la situación de Nifriz, la hermana de Marile. Y mientras, no pudo evitar pensar en la situación del extraño de la habitación 418.

Cada noche al llegar de la universidad, comía algo ligero y se metía a la cama para escuchar ópera. Al cerrar sus ojos pensaba en Alix, y luego de un buen rato los abría cuando la música invadía su organismo, con la esperanza de ver los ángeles de su hermana. ¿Y Porque no? Verla a ella convertida en ángel. Desde hacía días, venía teniendo esa extraña sensación que sintió cuando le cantaba a su abuelo en la villa.

Era viernes en la tarde... luego de la salida de clase se dirigió al hospital. Nadie visitaba a Nifriz. Se hizo pasar por uno de los familiares, cosa que no fue para nada complicado cuando el vigilante no la conocía. La observó con celo y le pareció ver en ella el rostro infantil de su hermana. Sin el síndrome de Down. Solamente la inocencia facial de una adolescente. «Tendrían la misma edad si Alix viviera», susurró. Quiso contemplarla un instante más.

Se parecía a su hermana Marile con algunos años menos y menos pigmentada. Tenía el cabello recogido. Su última sonrisa se quedó atrapada en la boca antes de tiempo, sentenciada a morir. Su rostro acanelado, disimulaba la expresión de congoja de quien se rehúsa a aceptar lo que no quiere. Los pensamientos, las emociones, las palabras, el aliento y los latidos de su corazón estaban frescos, plácidos y dispuestos para el primer aprendizaje. Recién horneados para ir gastando con mesura. La cortedad refulgía tímida soportando los caprichos del destino, y el óleo de la ingenuidad reposaba en su piel, todavía púber, ofrendada para recorrer un largo camino sin penurias. Cosa que no sabía su enfermedad. Era el espejo de su hermana Alix con algunas características diferentes. Pero allí estaba: sosegada y pura, a la espera

del más generoso acto de caridad que exista.

Le acarició el rostro con la sutileza de un beso imaginario. «Sabes que te amo, Alix». Dijo desorientada. Cerró sus ojos cuando la música ya sonaba en sus adentros. Lágrimas que parecían azules corrían por su rostro y desembocaban en el frágil semblante de Nifriz. Acercó sus labios con delicadeza a sus oídos, y a pesar de su estado emocional, la tonada se escuchó con la sutileza con que un violín llora. Y luego dos. Y luego tres. Y luego diez violines imaginando una impávida agonía, para rescatarla de la misma sensación.

Marile recién había llegado. Su madre la acompañaba. Evitó que ella y las enfermeras importunaran en la sala durante aquel trance de dolor. Jamás había visto a alguien suspirar el dolor ajeno con la perfección con que se ama. Todos lloraban. El tono de la voz fue en aumento, cuando el sonido instrumental escapó de sus adentros y todos lo escuchaban.

—¡Dios santo! ¡Es un milagro! —dijo una de las enfermeras que aún no había visto nada.

Cuando el final de la canción arrulló el último suspiro de la voz y en sus adentros despidió a su hermana Alix, Nifriz despertó en medio del ahogo. El médico de turno que llegó a la mitad de la canción atraído por el cúmulo de emociones inesperadas, corrió a retirarle el tubo que le atravesaba la garganta. La miró consternado con el grande deseo de hacerle reverencia. Iraíla sentía náuseas. Salió de la UVI y debió correr por el pasillo en busca de un baño. Iba mareada.

La madre de Nifriz corrió a abrazarla, y Marile corrió en la dirección de Iraíla.

Ingresó al baño de donde escuchó la náusea. El vómito fue inevitable. Luego de erguir la cabeza azogada por la fatiga, y ver a su amiga a través del espejo en la pared, le dijo:

—Hice lo que pude.

La voz se le escuchó ahogada entre un tarro de metal.

Marile se abalanzó hacia ella y la abrazó desde el cuello mientras se desaguaba en llanto. Por sus pieles, eran la noche y el día en un encuentro. Un perfecto eclipse de dolor y de alegría.

—Gracias —dijo—. Ahora el abuelo descansará en paz por lo que has hecho.

Los médicos no daban crédito a lo que había ocurrido. Un nuevo diagnóstico indicó, que la enfermedad existía en sus primeros pasos. El

tratamiento se reanudó a tiempo con la esperanza de mejorar su calidad de vida y el pronóstico de más años para compartir con su familia.

Un nuevo suceso se sumaba a la lista de la web.

Capítulo 5

Por alguna sabia razón el destino la encaminó a Antoon De Brouwerinn. Tendría una decorosa amistad con él, a quien conoció en extrañas circunstancias.

Iraíla continuó visitando el hospital. Sus padres desconocían lo que estaba ocurriendo con ella. Tuvo la oportunidad de conversar con Nifriz que, llena de vida, le agradeció personalmente el gesto humanitario. Pero no le prestó total atención a sus palabras cuando estaba interesada en el extraño... Se diría que, sin conocerlo, fue el responsable de hacerle olvidar por un instante el recuerdo de su pequeña hermana ausente que lo avivaba la presencia de Nifriz.

Con cada visita al hospital, en su mente, su mirada se encaminaba solitaria recorriendo el pasillo hacia la puerta de la habitación 418. Ignoraba el motivo. ¿Curiosidad?

Llegada la ocasión una mujer de aspecto místico lo acompañaba... Se podía apreciar desde el pasillo cuando la cama del paciente y el sofá donde estaba sentada la mujer no estaban tan distantes de la puerta de entrada. Recordó el comentario de su nueva amiga Marile. Se le acercó con timidez y la saludó con la mirada antes de la voz a la espera de entablar una conversación.

Por más de dos horas la mujer estuvo enclaustrada en sus oraciones. Aún sin hábito, en su decente mirada se vislumbra el voto de obediencia y la misión de evangelizar a la humanidad. Parece apaciguada en su espacio aferrada con cautela a la biblia, antes que debilitarse en la fe por una situación hipotética, como el hecho de pensar que aquella enfermedad se eternice... No puede permitir la presencia del demonio haciendo daño cuando siente el peligro demasiado cerca con la situación de su sobrino, que obliga a volar la imaginación a un posible y trágico desenlace. Bajita, frágil y con la apariencia de tener el monasterio atrapado en sus facciones parece todo un monólogo de sabiduría; sentada, pulcra, íntegra, decente y con ese pequeño libro de instrucciones celestiales en sus manos parece rezar, leer, suplicar, implorar o algo por el estilo con tan santa devoción, que nada externo la desviaría de su tarea. Era el supuesto, pero ocurrió...

La mujer mística la reparó con suma delicadeza antes de emitir una palabra.

—Entra —y así lo hizo—. Te he visto en el hospital en varias ocasiones. —señaló con un ligero tono espiritual y voz senil de alta calidad sonora—. ¿Algún familiar enfermo?

—No. Se trata de una amiga —aclaró.

—¿Lleva tiempo en ese estado? —preguntó Iraíla señalando la cama con la mirada.

—Va a cumplir doce meses —respondió.

—Es joven —afirmó.

—Demasiado joven. No ha comenzado a vivir. Tiene diecisiete años.

—No es justo —reclamó a alguien.

—¿Qué no es justo? —preguntó la mujer mística.

—Su estado. Mi amiga me comentó que fue debido a un accidente de tránsito.

—Si. Así fue. ¿Y tu amiga... lo conoce? —preguntó.

—Me contó que conversó con usted en alguna ocasión. Es la hermana de Nifriz. Del 432.

La mujer cerró el libro que tenía entre sus manos y la miró con asombro. Por las características físicas coincidía con la joven milagrosa. Una de las enfermeras le había contado el prodigioso suceso. ¿Quién no lo sabía en el cuarto piso del hospital? Animosas, la invitó a sentarse y conversaron plácidas un buen rato de la tarde. La mujer mística actuó con prudencia al no revelar su sospecha. Iraíla, por su parte, no estaba interesada en la publicidad de sus milagros.

—Tiene un gran parecido con usted.

—Eso dicen. Soy su tía...

—Disculpe la pregunta: ¿Es usted religiosa?

Era la segunda vez que la miraba a los ojos desde el inicio de la conversación. Y de nuevo orientó la mirada hacia la cama.

—Lo fui. Me retiré. Es una larga historia... Tal vez algún día la conozcas. Imagino que lo dices porque aún conservo ese aire místico en mi apariencia física. Es lo que me han dicho.

—¿Jamás se enamoró? —continuó el interrogatorio sin opinar sobre la insinuación...

—Claro que sí. Me enamoré de Dios y le dediqué mi vida a Él, a través del servicio a la comunidad. Realmente, fue hasta cuando decidí apoyar a mi hermano con el cuidado de mi sobrino. Dije que algún día te enterarías... Fue a la edad de dieciocho años que sobrevino. Mis amigas estaban enamoradas de los jóvenes encantadores que las seducían con sus piropos. También recibí algunos, junto con frases románticas, dulces y hasta flores. Detalles que no todos los hombres tienen y que no a todas las mujeres les gustan. De seguro que algún chico me gustaba, pero no lo suficiente para enamorarme. Así que, me dejé seducir por la vida religiosa.

Iraíla hizo una mueca simulando una leve sonrisa. Esta vez observó a la mujer con tal pasión que el azul celeste de sus ojos agrandados se hizo intenso.

—Tienes una mirada angelical en la que se oculta un don... Lo sabrás cuando sea el momento —manifestó Abigaíl que no pudo resistirse al fulgor de sus ojos.

—¿Puedo acercarme a él? —preguntó Iraíla para evadir el tema.

—Claro, hija, hazlo.

Llegó lo más cerca que pudo. Estaba de lado; arqueó el cuerpo para quedar en frente de su rostro.

—¿Cómo se llama?

—Antoon... Antoon De Brouwerinn.

—Antoon De Brouwerinn, es un placer conocerte. Me llamo: Iraíla Khaes Willevarck —dijo extasiada observando el iris de sus ojos donde estaba coagulada la mirada. Un manojo de su cabello se desprendió para acariciar su rostro.

Abigaíl sonrió con la ocurrencia. No le quitaba la mirada a la joven que debió engancharse como anzuelo en el oleado y profundo océano de sus ojos.

Lo contempló por un breve instante que pareció alargarse mágicamente. La mirada continuaba congelada. Su cuerpo, era como un vegetal en el refrigerador del tiempo. Acarició el brillo estático de su mirada con el pensamiento al imaginar lo que podría decir de él.

Tenía el rostro alargado. Sus ojos eran de color marrón como la bebida que a diario le daba su madre en el desayuno. Eran prominentes, parecían cubiertos de una ligera y brillante capa de nostalgia; se habían estacionado en el tiempo al perder el enlace orbital con el universo. De

pestañas largas, y cejas abundantes y arqueadas, que le daban una fina apariencia de ser un hombre interesante, cuando las facciones marcadas de su rostro, expresaban que tenía una personalidad emotiva —Eso es lo que opinan aquellos que dicen saber del tema—. Así lo decían sus pómulos anchos y resaltados, que invitaban a imaginar una sonrisa persistente.

Su nariz respingada lo hacía ver adorable. Pero fue en su boca donde se convirtió en lector su corazón. Era ancha y melosa que insinuaba generosidad y apego. De labios carnosos y entreabiertos que invitaban a beber el aliento de sus ganas así no hubiera ganas. De cabello castaño y ondulado, abundante, anclado en el puerto de sus hombros y reseco por la quietud. El resto del cuerpo lechoso, con un suave toque de café que lo hacía lucir crema, lo ojeó por encima de la sábana y lo imaginó atractivo en su anatomía.

—Dicen que el color de los ojos predice las enfermedades —comentó sin dejar de observarlo.

—Bueno... me asustaría saber qué está escrito en los míos. Prefiero que simplemente ocurra que anticiparme al sufrimiento —lo expresó la mujer mística con tono risueño cuando estaba en la edad predilecta para las enfermedades sin que alguna se hubiera encaprichado todavía de ella.

—También dicen que el estado de coma es una experiencia cercana a la muerte —agregó.

—Wakeful unawareness —pronunció la mujer mística.

—¿Cómo dijo? —preguntó Iraíla volviendo el rostro hacia ella.

—Wakeful unawareness. Así lo llama el médico. Significa una falta de conciencia de vigilia. Es un síntoma propio del estado vegetativo... como tener los ojos abiertos, sin que eso signifique que esté despierto o consciente de lo que pasa a su alrededor. Nos ha dicho que es distinto al coma, aunque para mí, todos esos estados son iguales, incluyendo la agonía. Así que, si te refieres con lo de la experiencia cercana a la muerte, que puede escuchar lo que ocurre a su alrededor..., no es posible. Pero por mi fe, estoy segura que ha tenido contacto con seres de luz. Hasta es probable que se haya visto con su madre. Falleció al momento del parto.

—¿Y cómo fue el accidente?

—¿En verdad quieres saberlo?

Asintió con la cabeza y la mirada al agrandar los ojos que por poco vacía un poco del agua de mar...

La mujer intrigada la examinó con el pensamiento para intentar comprender su repentino interés, y luego suspiró profundo antes de iniciar la historia y apretar con las palmas de sus manos la biblia, que era como un sedativo espiritual para su martirio cada que la recordaba.

—Irían a visitar a un cuñado de Ezequiel. Así se llama su papá, mi hermano. Otro de sus cuñados conducía la camioneta. Salieron de la carretera y rodaron. En ella iban los dos hijos de su primer matrimonio y Antoon. La suerte lo bendijo... Si es que esto se llama bendición —señaló con la mirada la cama donde reposaba el cuerpo de su sobrino—. Los demás fallecieron. No es bueno hablar de esos temas... Por eso lo resumí.

—Entiendo.

—Lo que sí sé, es que Ezequiel ha tenido que soportar demasiadas pesadumbres, incluyendo la muerte de su segunda esposa: Amaia... Amaia Sorell. La mamá de Antoon. Todavía me pregunto... si pueden habitar tantas desdichas en una sola persona.

—¿Tiene novia? —preguntó en un giro de tema de ciento ochenta grados.

La miró con suspicacia antes de responder.

—Imagino que hablas de Antoon.

—Si.

—Es una extraña pregunta para su situación médica —expresó—. Una amiga vino a visitarlo los primeros días sagradamente, y luego... cada quince días, y después de eso... no la he vuelto a ver. No imagino a una jovencita enamorada de un cuerpo sin emociones. Para la mujer de hoy, si no existe pasión física... no hay vida —lo dijo convencida de que el amor había sido reinventado en el pecado pasional de los desmanes—
—¿Comprendes lo que digo?

Iraíla no opinó al comentario. Tenía un año menos que aquel, o tal vez, algunos meses menos. Lo que realmente interesaba, es que contaba con la dicha de conocerlo. Si es que puede llamarse de ese modo cuando no hay un estímulo de respuesta.

Luego de un par de horas se despidió de la mística mujer.

—Ya te conté parte de mi vida. Quizá, algún día me cuentes parte de la tuya —le dijo al despedirse.

Ella se marchó complacida y extraña sin volver la mirada atrás. Iba feliz, como si hubiera tenido éxito en su primera cita. ¿En verdad fue una cita?

Capítulo 6

Aquellas últimas noches al llegar a la casa, luego de saludar a sus padres y tomar café con pan, o croquetas con fruta y leche, se dirigía al dormitorio. Se había vuelto costumbre. Ya no sólo escuchaba música, en su interior sentía la espiritualidad y en su cuerpo el verano. Estaba viviendo un verano espiritual por aquella época.

Lo de espiritual, hacía referencia a un estado contemplativo de la materia, cuando a solas en el espejo de su habitación, se condolía con acariciar visualmente las formas de su cuerpo, que apreciaba casi al descubierto antes de ir a la cama. Sentía que la piel se erizaba cuando pensaba en el extraño del hospital. No era de miedo.

El sol de un amor juvenil, obsesivo y secreto, nunca experimentado, sazónaba con más furia los candorosos pensamientos de Iraíla a sus dieciséis años. Inexplicable y sensatamente, se había enamorado.

¿Quién se enamora por primera vez de un paciente con alteración crónica de su estado de conciencia?

Llegó a sentir celos de aquella mujer que mencionó la tía del paciente. Sonrió al recordar que no le había preguntado su nombre.

Al acariciar su rostro, habría querido que su amigo del hospital lo hiciera. Ya lo consideraba su amigo. Hasta se conformaba con que leyera sus pensamientos. No era tarde para lamentarse de la falta de amor. Fue ella misma quien se diagnosticó un futuro incierto al aceptar el don con el primer milagro. Siempre acogió a Dios en su corazón, pero no como vocación religiosa. No estaba en sus planes.

A la edad de dieciséis años, no hay argumento alguno para justificar la falta de enamoramiento o la preferencia de la vida espiritual, en especial, cuando los jóvenes abundan como gajos carnosos, que es imposible no apetecerlos con la mirada. Tampoco debiera existir argumento para que el dolor se vuelva eterno. Pero el destino tiene sus mañas.

Sin que lo hubiera consultado a la mujer, se atribuyó el derecho de visitarlo todos los días. Obstinada como una rebelde sin causa, lo haría durante tres meses sin faltar un solo día. Abigaíl ya se estaba haciendo a la idea de que era parte de la familia; tal vez, una prima lejana, demasiado lejana que buscaba la cercanía. Cosa que no era cierto, pero la constancia todo lo familiariza.

El interés por el extraño lo sintió de tal manera, que parecía una estudiante de primer año de medicina. Consultó en la web todo lo concerniente al estado vegetativo. Se aprendió los buscadores de

memoria, navegó entre enlaces y azotó a Google. Se había enamorado de él, eso implicaba conocer sus aficiones al dedillo.

No quiero decir con eso que la enfermedad fuera un apego, pero había intimidado con ella largo tiempo.

Un amor peculiar a primera vista que pocos comprenderían. No había duda. Y no tenía cómo sacarlo de su cabeza. O probablemente sí.

Cada día de visita, no había nada distinto para ver y menos para sentir. Le bastaba con imaginarlo. Postrado en la cama como si fuera parte del colchón se asemejaba a un grabado en alto relieve que disimulaba el cobertor. En la habitación había una silla de ruedas cuyo único uso se limitaba a cargar los bolsos de las visitas. Para variar la rutina en su cerebro, Iraíla lo llegó a imaginar como una estatua de carne comprimida amoldada a ella. Un jinete apócrifo en un caballo de metal.

Durante aquel tiempo jamás lució distinto ni movió siquiera una de sus pestañas, ni parpadeó, ni dibujó el garabato de una sonrisa. Ni supo lo que era un beso así lo haya recibido. Ni siquiera imaginaba a la que sería su "flor Iraíla". El universo entero había quedado congelado en su cerebro. Iraíla se complacía con observarlo cada atardecer. Había cogido la costumbre de llevar un libro cualquiera para leer algunos párrafos mientras lo visitaba, y uno de tantos párrafos, lo leía en voz alta para que se enterara. Incluso, llegó a colocarle audífonos para que escuchara algo de música.

—Sí que eres inquieta. ¿Qué haces? —cuestionó Abigaíl cuando lo hizo.

—Intento mantenerlo en contacto con su mundo. Lo aprendí en San Google, el santo de los cibernautas. —Si. Creo que lo conozco —dijo Abigaíl con humildad.

Una leve y carismática sonrisa se dibujó en sus labios. No ocurría desde el accidente de su sobrino.

—Leí —prosiguió la joven—, que los pacientes en estado vegetativo, tienen cierta conciencia y capacidad para atender a su entorno, por lo que es importante idear la forma de mantenerlo en contacto. Y qué mejor forma de conectarlo a nuestro mundo consciente que a través de la música. ¿No le cree así?

Disfrutaba escucharla. De nuevo sonrió antes de emitir una respuesta.

—Antoon tocaba el piano desde que era un niño —comentó.

—Formidable. Eso facilita las cosas. Entonces... —vaciló por una breve pausa—, sería interesante que escuchara música instrumental de piano.

¿Qué música escuchaba?

—Clásica, baladas románticas... y de esa música ruidosa que fabrican por computador —explicó.

—No hay razón para pensar que en ese estado no puedan sentir emociones. Nunca se sabe cómo se puede conseguir un destello de conciencia, ni qué lo pueda estimular. ¿No cree, que es preferible intentar un estímulo auditivo aun desconociendo los resultados, que en vano esperar?

—Sí que sabes vender una idea —aseguró Abigaíl frunciendo las cejas y adoptando un rostro conciliador—. Quizá tengas razón. He llegado a creer que, con respecto a la fe, casi el cien por ciento de las personas estamos en estado vegetativo. Es simple deducirlo. Mantenemos los ojos abiertos en estado de vigilia, y luego los cerramos para dormir. ¿Y qué hacemos espiritualmente en ese espacio de vida? Casi nada. Las emociones que sentimos son de otro tipo. Creo que mejor continúas con lo que estabas haciendo. Aprovecharé para saludar a Jerónimo; me enteré que por fin le darán de alta esta semana —se refería al paciente de la habitación 419, había tenido tiempo suficiente para conocerlo, igual que a otros.

Iraíla expresó una mueca de satisfacción y procedió a colocarle los auriculares.

Sucedió que una vez, luego de una larga hora de música, la enfermera de turno detectó algunas lágrimas en el rostro de Antoon. No había ocurrido en mucho tiempo desde su estado de vigilia por alguna tontería sentimental. La familia se enteró del suceso, y Abigaíl se desentendió de las travesuras de la joven que era una especie de consuelo. Aquellas lágrimas eran como un rocío de esperanza, y la vaga ilusión de que detrás, llegaría una sonrisa.

También se atrevió a fotografiar su rostro, el mejor que pudo, al que luego, por computador, le haría algunos retoques digitales usando un editor de fotos para sanear la brillantez de muerte en la mirada y el deterioro emocional de su piel. Después lo guardaría en el celular como un contacto. Era de suponerse que no existía la manera de llamarlo, pero, por su fe, vaticinaba que algún día la abría.

—Dirán que estoy enferma —dijo al momento de hacerlo—, y no lo estoy. Debe ser equivalente a estar enamorada.

Su amiga Saray se enteró de su existencia de forma accidental, cuando ella intentaba pasarle una imagen por wifi.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Nadie —respondió ocultando la fotografía.

—¿Ese es su nombre? ¿Nadie?

—Es su existencia —respondió—. Al menos por ahora.

—¿Estás enamorada de alguien que no existe? —preguntó sugestionada.

—Fin de la plática, amiga —dijo antes de colgar el teléfono.

También llegó a conversar en algunas de las visitas para hacerle más placentera la estadía. Abigaíl escuchó la primera conversación sin que ella se enterara de su presencia:

—Si me dijeran... que estoy loca por conversar con una especie de vegetal, gustosa lo seguiría haciendo... No puedo negar que me entusiasma. En especial, si ese vegetal es de todo mi gusto. Pero no me conformaría con verlo así; lo regaría con la brisa de mi aliento, con mis besos húmedos y con la suavidad de mis palabras. Le podaría la amargura y lo abonaría con emociones —silenció por un instante sin quitarle la mirada a su mirada estática.

»Confieso que fue un amor a primera vista. Pero no me enamoré de tu enfermedad. Fue por tu enfermedad que me enamoré de ti. Si. Así como lo oyes, Antoon. Tal vez... si hubieras contraído otro tipo de enfermedad, no me habría interesado. Pero al saber, que el mundo de afuera está atrapado en tu mirada inmóvil, cómo no iba a interesarme. Hay veces en que pienso, que no es bueno que el corazón decida en los temas del amor, por más que se le atribuyan poderes especiales y responsabilidades emocionales a este impresionante trozo de masa muscular, que se verían ridículas encarnadas por otra víscera. —Abigaíl sonrió desde la distancia—. ¿Entiendes lo que digo? Puede ser arriesgado si terminas enamorándote de quien no debes. ¿No piensas lo mismo, mi nuevo amigo Antoon De Brouwerinn?

Fueron varias las veces que sucedió. Desde esa primera conversación que le escuchó al acercarse a la habitación, convencida de que Iraíla hablaba con alguien por el celular, y luego enterarse que ese alguien era su sobrino Antoon, la previno a futuro para acercarse sigilosa, y abstenerse de mostrarse para no importunar el diálogo.

No era para extrañarse, cuando ella les conversaba a las flores del jardín al verlas decaídas, y luego se sorprendía al verlas radiantes esperar su regreso. No era lo mismo, pero al enterarse de su «don», creyó posible, que aquella joven dotada de una naturaleza especial, tuviera la fuerza espiritual para hacer que su retoño de carnes despertara y esperara su

llegada.

Una de esas veces después de leer el párrafo del libro, decidió que haría algo distinto a cambio de conversarle. Así que, peinó su cabello; luego, humectó su rostro con un paño húmedo y lo acarició dócil con las yemas de sus dedos.

Tenerlo tan cerca, dispuesto sin emociones para ella, que tenía el poder para sentirlo vivo, fue una oportunidad que no le negó a su corazón. Después de dirigir la mirada hacia la puerta para cerciorarse que estaría sola con él, la retornó hacia su rostro y se atrevió a besarla. Iba a ser un beso de aquellos que no incrementan el ritmo cardíaco, porque se limitaba en apoyar sus labios en los labios de su amigo. Era lo que tenía en mente. ¿La intención? Sacar su curiosidad y su deseo juvenil. Pero se convirtió en un beso profundamente placentero cuando imaginó la respuesta a su estímulo. Sin que hubiera ocurrido, después de cerrar sus ojos y acariciar sus labios con sus labios, sintió, cómo los labios de aquel, la complacían.

Lo apasionó en su sepulcral conciencia que, de forma inevitable, lo sintió alborozado desde su extraña ausencia para encajarse perturbado en su ansiedad.

Era lo que parecía.

Simplemente, ya estaban acoplados los dos desde sus bocas. Era el principio de un placer compartido, mas no acordado, que estimuló las entrañas contraídas y aceleró los músculos del corazón de Antoon, para que aquella extraña enamorada, escuchara las tonadas atrasadas de los días detenidos en su cuerpo.

Lo percibió tan vivo y sosegado, que no dudó en desplegar sus labios sobre el rostro para escribir su marca con caricias, como quien deja señales en la arena. Interpretó sus feromonas alborotadas y dialogó con su piel, para conocer la dosis de erotismo permitida. Fue entonces que, un trueno ajeno y perturbador, la despertó de la hipnosis.

—¿Qué hace?

La enérgica voz que sonó como un disparo a su corazón, la sacudió para arrancarla del delirio del amor, y de inmediato, cortó la seducción.

—¿Quién es usted?

El nuevo disparo que sintió directo a su cerebro, actuó como un trombo al obstaculizar el paso del oxígeno. Un miedo aterrador la abrazó al sentirse descubierta. Salió precipitada y olvidó su bolso. Ni siquiera se enteró que Abigaíl la saludó cuando transitaba por el pasillo, y ella iba asfixiada en

busca de la puerta de salida.

Si el grito sorpresivo no la frena, habría alcanzado un ritmo frenético que, a cambio de la voz y el canto milagroso, algún beso succionador lo habría desencarnado completamente, o habría alborotado sus emociones inconscientes.

No supo cómo pero llegó a su casa.

Todavía asustada por el suceso que calificó de vergonzoso, le conversó a la fotografía del extraño que tenía en el celular, excusándose. Fue antes de ir a la cama.

«Es probable que no lo comprendas ahora. Pero el estar enamorada, y sin una respuesta emotiva, es algo que duele en el vientre —acarició el suyo con sus manos—. Y es más punzante el dolor si a la persona que crees amar, no te conoce. Siento haber sido tan atrevida sin tener tu permiso».

Un enorme y alentado suspiro fue casi suficiente para menguar el hormigueo en su vientre y su cerebro.

Capítulo 7

Ingresó insegura y cautelosa al hospital con el susto caminando en sus zapatos. Sentía vergüenza de que se enteraran y que pudieran expulsarla. Esperaba no encontrar el médico dueño de los disparos de la voz, que el día anterior desviaron el curso de sus emociones. Suponía que era un médico, por el uniforme; aunque pudo confundirlo con un enfermero. Este pensamiento le llegó repentino a su cabeza.

Al llegar a la habitación se encontró con Abigaíl. El saludo no fue tan efusivo cuando había culpas.

—Dejaste el bolso ayer —le recordó.

—Sí. Olvidé tomarlo antes de salir.

—Al parecer, llevabas afán. Te vi correr por el pasillo.

Sintió un frío helado...

—Recibí una llamada de mamá; debía ir rápido a casa...

No dijo nada más. Después de un silencio, Abigaíl comprendió que era una conversación no deseada. Debió pasar un buen rato para que sus nervios se dispararan y recuperara el aliento. Husmeó desde la puerta en dos ocasiones, y no vio al médico por los pasillos ni en la recepción. Quiso pensar que había olvidado el asunto. Por lo menos, no había ninguna restricción para las visitas del paciente de sus sueños.

Superado el extraño incidente, prosiguió en su vocación humanitaria para un solo paciente. Algo le aprendió a la madre Teresa de Calcuta. En ese tiempo de caridad, fueron tres las ocasiones en que se le ocurrió cantar con intenciones de sanación. Cosa que no aconteció. Se limitaba a cantar mudamente la canción que replicaba con fuerza en su cerebro. Pero fuera de éste, era tan solo una insinuación de canto, un tarareo, un murmullo, un cuerpo sin esqueleto, un alma vacía y sin voluntad.

En una cuarta vez, cuando Abigaíl todavía no llegaba, Iraíla entonó una dulce y romántica canción, parada a su lado, junto a la cama, con la voz acariciando su rostro para humedecer como una briza la rigidez de su mirada, y tuvo la sensación de que sus notas melodiosas, rozaron el alma invisible de su amigo como si fuera un objeto material; habría jurado que era metálico porque su mágico oído lo sintió como un diapasón. Un alma de metal del más resistente, ligero e invisible que pueda existir.

Difícil de comprender cuando se está hecho de limitaciones, pero eso no

significa que no sea posible.

Hasta que llegó el día del atrevimiento. Estaba frente a él, como siempre lo estuvo durante los ochenta y nueve días... Era el día número noventa.

Su tía Abigaíl no había llegado, y su padre procuraba visitarlo todas las mañanas con la esperanza de que el primer rayo de sol calentara en su cara, y lo despertara al fastidiar en sus pupilas estacionadas.

No sintió temor para dejar que sus labios cantaran al recuperar la libertad tres meses atrás, luego de lo acontecido con su nueva amiga Nifriz. Sentía que tenía qué hacerlo. Era esa extraña sensación que antes había experimentado. Ya había pagado la condena al ignorar por un largo tiempo la música en su alma desde la muerte de su hermana.

Se acercó a su rostro. Nada difícil. Se observó en el iris de sus ojos cafés antes de iniciar.

—Ahora que te conozco mejor —dijo—, es suficiente. Debes despertar. Ya es hora.

Fue un decreto que parecía escrito en sus intenciones. Tenía el rostro cubierto de esa sensación sobrenatural que desconocía, y por la que obraba como si estuviera poseída.

La canción: Oh Mío babbino caro, fluyó furtiva de sus labios acobardados, que la entonaron con la pasividad con que no puede deleitarse el espíritu cuando la sensación es de miedo. Cerró sus ojos para hallar consuelo y sintió que lloraba lágrimas ciegas, por más que no existan. Lo imaginó mientras cantaba, abrazando su cuerpo.

El cántico fue tomando fuerza desde sus pulmones, igual que el aeroplano se desliza cada vez con más fuerza sobre la pista para alzar el vuelo. No tardó en despegar y volar en la amplitud de la habitación surcando el espacio arriba de la cama que, por un momento de esperanza, se convirtió en un cielo. La garganta reveló la mágica voz, y la voz dejó volar sus pétalos afinados que se convirtieron en perfecta medicina para el alma. Nadie lo había diagnosticado, pero un canto perfecto como un medicamento sin placebo, era el remedio natural más efectivo que pudiera existir con una sola contraindicación: dudar.

Al igual que en ocasiones anteriores, la música que sonaba en su cerebro se trasladó a la habitación, y reverberó melodiosa y apacible en las habitaciones aledañas de ese cuarto piso. Algunos visitantes cautivados se acercaron atraídos por el magnetismo milagroso de la voz. Los demás pacientes en sus camas sintieron cómo a través del suero, recibían

fármacos musicales que alentaban sus espíritus. Iraíla no presenció lo que ocurría porque estaba demasiado ocupada haciendo que fuera posible.

Debió estar escrito en alguna parte de este universo. En su canto agudo como una daga espiritual, el silencio cercenaba sus imperfecciones.

Cuando el final de la canción ahogó el último suspiro de la voz en un idilio de placer, Iraíla abrió los ojos. El muñeco en alto relieve orbitó los suyos para recordar que tenía vida, y se llamaba Antoon. Unos segundos después ya movía mucho más que sus pestañas... Por fin, un brío de su cuerpo daba señales. Y no sería la única. Luego ejercitaría la garganta con un leve gemido de cansancio.

—¡Antoon!

No pudo evitar exclamar su nombre. Con la fatiga y la cercanía, le refrescaba el rostro. Desde el cielo de sus ojos lo contempló despierto.

—¡Oh, por Dios! —dijo Abigaíl que lo había presenciado parada en el umbral de la puerta de entrada a la habitación. Quedó maravillada por lo que estaba sobreviniendo. Encabezaba la lista de los curiosos, con algunos petrificados que no retornaban de su estado.

Iraíla buscó el sonido de la voz. Cruzó su mirada turbia entre lágrimas con la mirada anestesiada de la religiosa.

—No me equivoqué al juzgarte en mi corazón, Iraíla. No tengas temor —dijo al acercarse cautelosa—. No tengas temor... sentir a Dios. Es Él quien se manifiesta a través de ti.

Apoyó la mano derecha en el hombro izquierdo de la joven soprano que lo sintió pesado como el metal. Lucía débil. Las lágrimas de Abigaíl estaban de nuevo en cosecha; hacía meses que se había secado el último cultivo.

—Lo has resucitado —aseguró.

Ella no pudo contenerse y salió urgida a buscar el baño. La náusea fastidiaba en su garganta como si fuera ácido. Iba desguarnecida, con el cuerpo tenso y la mirada perdida. En su rostro se marcaban las aflicciones de los dieciséis meses de ausencia de Antoon. Después del vómito lavó su cara, se miró en el espejo que había arriba del lavamanos, y se preguntó:

«¿Y ahora qué?».

Capítulo 8

Iraíla salió del hospital y se apresuró en marcharse para su casa. Por tres días se abstendría de ir a visitarlo. ¿Qué le diría? Ya no era el cuerpo sin emociones que contempló infinidad de veces. ¿Y si la joven aquella, la supuesta novia, había regresado al enterarse que despertó? Por su generosidad y sacrificio, ahora tenía nuevas preocupaciones gratuitas. No había duda que se moría de ganas de hablar con él. Se supone que esa era la intención si Dios lo permitía. Y fue justo lo que sucedió.

Precisamente, fueron la generosidad y el sacrificio, lo que no dimensionó su corazón enamorado. Ése, había sido un esfuerzo desmedido que implicaba mayores abusos de salud. Habría de pagar las serias consecuencias de su despilfarro emocional, con severos dolores de cabeza que la mantendrían distanciada de sus compromisos.

La noche se hizo eterna, igual que los quejumbres. Su padre no se dio por enterado y se marchó al trabajo de madrugada. A Gisele, la profesión le había facilitado distinguir la intuición entre sus pensamientos, y sabía que algo no andaba bien con su hija.

—Debemos ir al médico —le dijo en el dormitorio al visitarla, sentada al borde de la cama—. No es normal, que de repente tengas esos síntomas. ¡Mírate al espejo! Tienes la apariencia de haber sido abofeteada por una infección... quien sabe cuántos días. Las enfermedades tienen color, y eres un lienzo blanco en el que todos los detalles se notan con facilidad, hija.

Se acercó para tocar su rostro y detectar síntomas de fiebre. Estaba fría.

—Es una fuerte migraña, mamá. Pero no una catástrofe. Por desdicha, coincidió con ese perturbador cólico menstrual que me cobra los intereses cada mes. Ya sabes... Ya pasará. Tomé el medicamento para cada malestar.

Se encubrió con la cobija hasta la altura del dorso de la nariz; sus ojos parecían cocidos al borde, donde el iris lucía cristalizado por la enfermedad y casi a punto de ser engullido por la enorme pupila dilatada que tenía la apariencia de un agujero negro.

Por la intranquilidad reflejada en el rostro de Gisele, debió pensar que no era lo uno ni lo otro lo que estaba severamente bosquejado en el rostro de su hija.

—Debo ir al trabajo. Come algo. Tampoco es bueno que la comida se pudra en el refrigerador. Y bebe algo... Nos vemos, amor. Me llamas si me

necesitas.

Le dio un beso en la frente y se marchó.

—Llama a tu amiga Saray —le voceó desde la puerta de salida.

—No te preocupes, mamá. Es a quien menos debo llamar ahora. Con su sagacidad, no creerá una palabra de mi enfermedad y tratará de sacarme la verdad —respondió en voz baja sólo para ella, mientras recogía su cuerpo entre la manta curvando la espalda, inclinando la cabeza hacia delante y doblando las extremidades para dirigir las hacia el torso. Ahora era un feto de 16 años.

Su amiga estaba enterada de sus frecuentes visitas al hospital, aunque no con todos los detalles y fogosidades...

Después del momento milagroso, Antoon no paró de mover los ojos, como si estuviera haciendo un reconocimiento del lugar. Sus lagrimales sobrevivieron a la sequía por dieciséis largos y extenuantes meses, uno por cada año de vida de su salvadora, y de pronto, vertían lágrimas frescas. La magia de la voz las retornó de la muerte.

Aquel día, las emociones de Iraíla crearon su propia partitura. Una tonada angelical que se podía leer en su rostro. Para él, acababa de despertar de un sueño pesado, y sin que la conociera, ya extrañaba desde el día anterior a su salvadora. Su tía todavía no se atrevía a contarle lo que había sucedido desde tres meses atrás. Esperaba el momento indicado.

Capítulo 9

Era mediodía del tercer día. Abigaíl le daba un poco de sopa del almuerzo.

—¿Puedo? Preguntó desde el umbral de la puerta.

—Iraíla, hija. El Señor escuchó mis oraciones. ¿Por qué no habías vuelto?
—preguntó efusiva, Abigaíl—. Ven. Entra.

Antoon, al verla, habría querido arrojarse a su corazón. Creyó reconocerla. Su presencia le espabiló hasta el alma. Y el iris de sus ojos alcanzó el resplandor total de la existencia.

Se acercó con timidez sin dejar de deslumbrar. No era fácil relajarse.

—Bueno... supuse que tendrían mucho de qué hablar después de tanto tiempo —expresó con voz natural, libre de asperezas.

Vio que todos los equipos estaban desconectados.

—Así, que... tú eres mi salvadora. Mi tía no ha dejado de hablar de ti por tres días. Ya me sentía culpable de que no llegaras. Y estaba pensando seriamente... en retornar a mi estado. Tal vez así vendrías.

Antoon hizo un gesto de agradecimiento.

Con recelo, Iraíla fue levantando su mirada hasta que se conectó a la suya y se vio reflejada en la galaxia de sus ojos cafés.

Conversaron los tres meses luego de que lo conociera, en tan solo un minuto. El tiempo suficiente para confirmarle a su corazón, que en definitiva le gustaba. Había perdido la confianza para mirar otras partes de su rostro. En cambio, él, no disimuló para apreciar el exquisito y sensual derredor de su cuerpo, y la delicada armonía entre sus hombros y sus caderas, que la hacía lucir perfecta para enamorar. Fue un placer del que no se privaría luego de haber vivido en el olvido.

—Me salvaste —dijo.

— Sólo canté. Apenas te conozco, y... me parece que estoy equivocada.

—Tal vez nos conocimos en otra vida, Iraíla. Imagino que también debiste salvarme, y que debí decirte muchas veces: «cuando cantas... todo en mí resucita».

—No seas tonto —dijo.

A tiempo, el médico ingresó para informar a la familia sobre los resultados médicos.

—Bueno, Antoon. Veo que todo está perfecto —indicó, mirando la historia clínica en sus manos—. Al parecer, tu salvadora hizo bien su trabajo. Los órganos funcionan a la perfección, y tu cerebro está como nuevo y en perfecto funcionamiento.

Lo dijo observando a Iraíla.

—¿Acaso... eres la chica de la que todos hablan? —preguntó.

—No sé...

Manifestó de forma natural, sin que denotara algún tipo de altivez.

—No te preocupes. No es malo ser un santo... Supongo.

Todos rieron.

—En esta vida todos tenemos una misión por cumplir: Buena o mala —agregó el médico—. No sé cuál sea la misión que Dios te ha encomendado, pero... salvar vidas y devolverles la alegría a las personas, es un gesto de caridad que no tiene comparativo. Aquí en el hospital, estaríamos encantados que nos dieras una mano. Llevo veintiséis años estudiando medicina y cada día se presentan nuevas complejidades. Y al parecer, tú tienes todas las respuestas en el canto y en la voz. Alguien arriba te debe querer demasiado.

Se despidió, luego de informar que en siete días le daría de alta, cuando su cuerpo físicamente se hubiera recuperado con la terapia.

Iraíla igual se quedó unos minutos. Debía atender un compromiso de la universidad. Conoció el timbre de su voz, su sonrisa, su mirada viva y sus gestos. Pero era poco. Antes de despedirse, les prometió que iría durante los próximos días para acompañarlos. Sería una enorme oportunidad para conocerlo.

Antoon se quedó mirando hasta perderla después de la puerta. Pero su corazón la acompañó hasta la salida y se fue aferrado de su piel, de sus formas, de su timidez, de su corazón enamorado. Luego de unos minutos, debió retornar a la cavidad torácica para entonar la más bella canción con sus latidos musicales, sin olvidar que seguía siendo una víscera.

Bastó conocerla para no sacarla de sus pensamientos. Viviría galopando

solitaria entre ellos como un alma adicional para su cuerpo.

Los días siguientes, llegaron apresurados con compromisos académicos y problemas de salud. Había tenido una recaída, y no era cuestión de migraña ni de menstruación. Para colmo de males, fue un pésimo día universitario.

El profesor de la clase de Ética, contrario a lo que profesaba, no había tenido ninguna consideración con ella durante el taller evaluativo sobre el tema de la clase, por más que le hubiera explicado sobre su estado de salud, y se le hubiera notado la temperatura en el rostro. Ni siquiera le creyó, que había estado en la cama sin poderse levantar en toda la mañana.

Era el día en que tenía pensado ir al hospital a visitar a Antoon, pero no fue posible. Aquella sagrada hora dedicada cada tarde, que extendió despreocupada para visitarlo, ya era parte del pasado. Esa misma tarde, el padre de Marile fue a recogerla a la universidad. Iraíla esperaba el autobús, con un decaimiento en todo el cuerpo que le imposibilitaba dar un paso.

El automóvil paró en frente suyo.

—Ven. Sube. Te llevaremos a casa —dijo su amiga. Fue una compensación caída del cielo para un milagro.

Durante el camino a casa, su padre no hizo más que elogiarla y colmarla de bendiciones. Sería eternamente el ángel terrenal de su hija Nifriz. Su disposición no fue la mejor; difícilmente, habría recordado el tema de la conversación, así el tema haya sido ella. Lo único que podría recordar y que era difícil pasar inadvertido, era la perfección de su piel oscura.

El malestar era tan evidente que su amiga la ayudó a ingresar a la casa. Antes de hacerlo, un gemido arrugado le llegó con el viento. Era la señora Lionora.

«¡Oh, por Dios! Tendrás que soportar sola este día, Lionora. Mis cuerdas vocales hoy no están para apaciguar las penas».

Su amiga sonrió. Sabía de quien estaba hablando.

A partir del siguiente día, las mañanas se hicieron cortas. Las tardes se hicieron cortas. Y las noches parecieron un abrir y cerrar de ojos. La pasó metida en la cama sin una pizca de aliento para hacer algo.

Cantar para sí misma, era un acto de ocio sin retribución. Debido al malestar que superaba los anteriores, había perdido la cuenta de los días en que su casi amigo estaría en el hospital. Esperaba que no fuera el último día. Por el insomnio de la noche anterior, tampoco iría a visitarlo.

Aunque sí estuvo en la sección de urgencias. Sus padres la llevaron en la madrugada, luego de que pasara la mayor parte de la noche vomitando. Estaba deshidratada. Dispuesta sobre una camilla con la provisión de suero y fármacos, se quedó dormida por el cansancio. Al despertar, supo que había perdido la oportunidad al mirar la hora en el celular.

El diagnóstico del médico fue facilista, al opinar que se trataba de un cuadro de indigestión relacionado con problemas de estreñimiento; lo dedujo, por la conversación sostenida con Iraíla. Adicional a los fármacos para el dolor y el vómito, le recetó un purgante. Al enterarse Gisele, le recomendó que el purgante casero de su abuela, era más efectivo. Por lo visto, Iraíla terminaría tomando una cucharadita de aceite vegetal por la mañana, y otra antes de acostarse. Luego de darle salida con una bolsa de medicamentos para terminar el tratamiento en la casa, les suplicó a sus padres que subieran al cuarto piso.

La habitación 418 estaba vacía. Los cinco minutos en que visitó a Antoon en el hospital, en su estado consciente, no se interesó por conocer su dirección ni su número de celular. No hacía falta para el momento.

No hay duda que el destino, así como nos compensa, también nos hace malas jugadas.

Finalmente, aquel día terminó recostada en la cama, con un severo dolor emocional en el corazón, que ningún fármaco ni remedio casero lo aliviaría. Las lágrimas casi azules servirían de desahogo.

Cada uno de los siete días, Antoon la extrañó más que su tía Abigaíl. Lamentó haberla conocido para olvidarla. Se conformó con pensar, que luego de cumplir con su tarea de caridad, debía continuar con su vida. Así que, decidió que haría lo mismo, hasta que la mejoría física y emocional se hicieran notables.

Era hora de retornar a la casa que ya extrañaba. Sin embargo, aquel último día en el hospital no se afanó por salir, cuando lo hizo plácida y lerdamente como un perezoso de tres dedos. Todavía guardaba la esperanza de verla. Pero no fue así.

Como un obsequio de bienvenida y las festividades familiares acumuladas, su padre le regaló un automóvil con la motivación de que solicitara el reingreso a la universidad. No había duda que estaba entre sus prioridades, cuando quedó suspendida en el primer semestre por el

accidente.

Lo habría hecho sin necesidad de un estímulo material. Bastaba con enterarse que la dueña de su amor, aquella que lo asedió por dentro durante tres meses cuando la sensualidad de su voz martillaba sobre su piel y acariciaba su inconsciencia desde la profundidad de sus oídos, estaba más cerca de lo que pudiera imaginar.

Capítulo 10

Antoon tenía una tía religiosa y un tío sacerdote, ambos eméritos, que vivían con él. Eran hermanos de su padre con quien tenían una estrecha relación; hijos del primer matrimonio de su abuelo. Ezequiel, su padre, era un hombre enérgico y maduro que enamoró a Amaia Sorell, cuando la aventajaba en treinta años. La diferencia de edad era notable. Fue un suceso que creó revuelo en su familia, cuando en aquel entonces, se le advirtió tantas veces que perdió la cuenta, sobre cómo viviría su juventud cuidando a un anciano decrépito, que ya había tenido la experiencia de un primer matrimonio del que le habían quedado dos hijos.

Una advertencia que perdió su fuerza y se hizo humo cuando le madrugó la muerte. Algo incomprensible hasta para ella misma.

Amaia Sorell, tenía un espíritu joven que apenas bailaba el vals de los veinte años. Su cuerpo espigado de bailarina de ballet, así no lo fuera, resaltaba una belleza natural moldeada con la disciplina. Gozaba de una buena salud. Pero por ironía, fue su corazón el que se detuvo al final del camino de gestación, con una preeclampsia devastadora que le quitó el habla el día del parto.

Por desventura, Antoon quedó huérfano de sus henchidos senos. Fue una violenta partida sintiendo el sol entre las venas.

Después de su muerte, Ezequiel, arcaico y testarudo para sentirse débil, creyó envejecer los veinte años de su lozana esposa, que arrumó en su conciencia para despertar los males dormidos de su cuerpo trajinado. Ya antes le había sumado los treinta y ocho años de su primera esposa y los cuarenta que sumaban las edades de sus dos hijos. Con la última pérdida también perdió el encanto de sentirse revitalizado, y perdería la armadura del enamoramiento como para emprender una vez más esa ardua tarea. Con dos, era suficiente. Su pasión se fue enredada en su sonrisa muerta.

El vigor de las carnes se acobardó con la flacidez, y la esbeltez de su barriga redondeada ya no era un síntoma de salud. Como picaduras de avispas le llegaron las dolencias, que evolucionaron rápidamente para amedrentar el cuerpo y el espíritu; la diabetes se manifestó, y de alguna forma el estímulo le llegó al colesterol y los triglicéridos que, igual, impusieron nuevas reglas en su salud deteriorada.

Cincuenta años no era una edad para sentirse viejo, pero cuando está desprovista de amor, el peso de la vejez se siente, incluso en la juventud.

Fue entonces cuando su hermano mayor: Cleonzio, clérigo de una humilde parroquia católica en el barrio Alexanderpolder, decidió acompañarlo en su soledad, luego de haber sido autorizada la dispensa por parte del obispo a

los sesenta y ochos años de edad, cuando la enfermedad de párkinson, manifestada con temblor en la mandíbula y las manos, le estaba complicando la tarea al agitar las oraciones como las hostias, corriendo el riesgo de dejar un reguero de ambas sobre el piso del templo.

Ya eran dos soledades conviviendo: una rebelde, y otra bondadosa.

Fue con exactitud un mes después de la muerte de Amaia, y un mes antes de la llegada del padre Cleonzio, que la hermana menor: sor Abigaíl, con cuarenta y cuatro años cumplidos, tomó la dura decisión de retirarse de la comunidad a la que pertenecía desde que cumplió sus dieciocho años, para acompañar a sus hermanos, en especial, para ayudar a Ezequiel en la crianza de su hijo Antoon.

Lo hizo, luego de enterarse de que la familia de su cuñada, no estaba interesada en adoptarlo como un miembro más de la familia. Las razones debieron ser nefastas para evitarlo. Todavía rondaba en sus cerebros la mala decisión del matrimonio, y era posible que responsabilizaran a Ezequiel de su muerte. «...robó su juventud y su vida», fue un comentario necio que llegó a varios oídos el día del sepelio.

Un mal recuerdo, así fuera prescrito en un infante inocente, no dejaba de ser una tortura. Abigaíl cambió imprevistamente de profesión sin consultarle a Dios. Se había quitado la vestimenta de «sor» para convertirse en madre sustituta, cuando todavía sentía la fortaleza de su espíritu. Consideró el nuevo reto como una prueba de vida espiritual, porque la indumentaria continuaba presente en sus acciones, y casi que se advertía en la ropa que frecuentaba. Los tonos oscuros en la gama de grises, eran los preferidos.

La casa de Antoon ostentaba una especie de aire místico, por lo que no había duda que creció untado de los aceites clericales, y salpicado de rezos durante el día cada día de su existencia. Exteriorizaba una moral bien instituida que era complejo atravesar su cascarón con un mal pensamiento.

Con los aderezos de la vida espiritual rondando entre sus juguetes, no era complejo asegurar que sus amigos imaginarios eran ángeles. Y el piano, su amigo instrumental que le daba lecciones de vida pagadas a un tutor particular por su padre Ezequiel.

No obstante, tuvo sus amigos como cualquier otro. Y seguramente, su corazón se descompuso por alguna falda que rozara sus instintos, sin que trascendiera esa barrera. Ya llegaría la hora.